

# EL LABRIEGO.

## EL DOS DE MAYO.

¡Oh! ¡Es el pueblo! ¡Es el pueblo! cual  
las olas

Del hondo mar, alborotado brama;  
Las esplendentes glorias españolas,  
Su antigua prez, su independencia aclama.

Hombres, mujeres vuelan al combate;  
El volcan de sus iras estalló:  
Sin armas van, pero en sus pechos late  
Un carazon colérico español.

La frente coronada de laureles,  
Con el botín de la vencida Europa,  
Con sangre hasta las cinchas los *corceles*  
En cien campañas, veterana tropa,

Los que el rápido Volga ensangrentaron,  
Los que humillaron á sus pies naciones,  
Y sobre las pirámides pasaron  
Al galope veloz de sus bridones;

A eterna lucha, á desigual batalla,  
Madrid provoca en su encendida ira,  
Su pueblo inerme allí entre la metralla  
Y entre los sables reluchando jira.

Grava en su frente luminosa huella  
La lumbré que destella el corazon;  
Y á parar con sus pechos se atropella,  
El rayo del mortífero cañon.

¡Oh de sangre y valor gloriosísima!  
Mis padres cuando niño me contaron  
Sus hechos ¡ay! y en la memoria mia  
Santo recuerdo de virtud quedaron !!

“Entonces indignados, me decian,  
Cayó el cetro español pedazos hecho;  
Por precio vil á estraños nos vendian,  
Desde el de CARLOS profanado lecho.

La corte del monarca disoluta,  
Prosternada á las plantas de un privado,  
Sobre el seno de impura prostituta,  
Al trono de los reyes ensalzado.

Sobre coronas, tronos y tiaras,  
Su orgullo solo, y su capricho ley,  
Hordas, de sangre y de conquista avaras,  
Cada soldado un absoluto rey,

Fijo en España el ojo centellante,  
El Pirene á salvar pronto el bridon,  
Al rey de reyes, al audaz jigante,  
Ciegos ensalzan, siguen en monton.”

Y vosotros ¿qué hicisteis entre tanto,  
Los de espíritu flaco y alta cuna?  
Derramar como hembras débil llanto  
O adular bajamente á la fortuna:

Buscar tras la estrangera bayoneta  
Seguro: vuestras vidas y muralla,  
Y siervos vos, á la plebe inquieta,  
Con baja lengua apellidar *canalla*.

¡*Canalla*, si, vosotros los traidores,  
Los que negais al entusiasmo ardiente,  
Su gloria, y nunca visteis los fulgores,  
Con que ilumina la inspirada frente!

¡Canalla, si, los que en la lid, alarde,  
Hicieron de su infame villanía,  
Disfrazando su espíritu cobarde,  
Con la sana razon segura y fria!

Oh la canalla, la canalla en tanto,  
Arrojó el grito de venganza y guerra,  
Y arrebatada en su entusiasmo santo,  
Quebrantó las cadenas de la tierra:

Del cetro de sus reyes los pedazos  
Del suelo ensangrentados recojia,  
Y un nuevo trono en sus robustos brazos,  
Levantando á su principe ofrecia.

Brilla el puñal en la irritada mano,  
Huye el cobarde y el traidor se esconde;  
Truena el cañon y el grito castellano,  
De INDEPENDENCIA y LIBERTAD responde.

¡Héroes de mayo, levantad las frentes!  
Sonó la hora y la venganza espera:  
Id y hartad vuestra sed en los torrentes,  
De sangre de Bailen y Talavera.

Id, saludad los héroes de Jerona,  
Alzad con ellos el radiante vuelo,  
Y á los de Zaragoza, alta corona  
Ceñid que aumente el esplendor del cielo.

Mas ¡ay! ¿Por qué cuando los ojos brotan,  
Lágrimas de entusiasmo y de alegría,  
Y el alma atropellados alborotan,  
Tantos recuerdos de honra y valentia;

Negra nube en el alma se levanta,  
Que turba y oscurece los sentidos,  
Fiero dolor el corazon quebranta,  
Y se ahoga la voz entre jemidos.

¡Oh levantad la frente carcomida,  
Mártires de la gloria,  
Que aun arde en ella y con eterna vida,  
La luz de la victoria!

¡Oh levantadla del eterno sueño,  
Y con los huecos de los ojos fijos,

Contemplad una vez con torvo ceño,  
La verguenza y baldon de vuestros hijos!

Quizá en vosotros, donde el fuego arde,  
Del castellano honor, aun sobre vida  
Para alentar el corazon cobarde,  
Y abrasar esta tierra envilecida.

¡Ay! ¿Cuál fue el galardón de vuestro celo,  
De tanta sangre y bárbaro quebranto,  
De tan heroica lucha y tanto anhelo,  
Tanta virtud y sacrificio tanto?

El trono que erigió vuestra bravura,  
Sobre huesos de héroes cimentado,  
Un rey ingrato, de memoria impura,  
Con eterno baldon dejó manchado.

¡Ay! Para herir la libertad sagrada,  
El príncipe, borron de nuestra historia,  
Llamó en su auxilio la francesa espada,  
Que segase el laurel de vuestra gloria.

Y vuestros hijos de la muerte huyeron,  
Y esa sagrada tumba abandonaron,  
Hollarla ¡oh Dios! á los franceses vieron  
Y hollarla á los franceses les dejaron.

Como la mar tempestuosa ruge  
La losa al choque de los cráneos duros,  
Tronó y se alzó con indignado empuje,  
Del galo audaz, bajo los pies impuros,

Y aun hoy helos allí que su semblante,  
Con hipócrita máscara cubrieron,  
Y á LUIS FELIPE en muestra suplicante,  
Ambos brazos imbéciles tendieron.

La vil palabra ¡Intervencion! gritaron,  
Y del rey mercader la reclamaban,  
De vuestros timbres sin honor mofaron,  
Mientras en su impudor se encenagaban.

Tumba vosotros sois de nuestra gloria,  
De la antigua hidalguia,  
Del castellano honor que en la memoria,  
Solo nos queda hoy dia.

Hoy esa raza, degradada, espúrea,  
Pobre nacion, que esclavizarte anhela,

Busca tambien por renovar tu injuria,  
De estranjeros monarcas la tutela.

Verted juntando las dolientes manos  
Lágrimas ¡ay! que escalden la mejilla,  
Mares de eterno llanto, castellanos,  
No bastan á borrar nuestra mancilla

Llorad como mujeres, vuestra lengua  
No osa lanzar el grito de venganza;  
Apáticos vivis en tanta mengua  
Y os cansa el brazo el peso de la lanza.

¡Oh! en el dolor inmenso que me inspira,  
El pueblo en torno avergonzado calle;  
Y estallando las cuerdas de mi lira,  
Roto tambien, mi corazon estalle.

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

---

## El Sabriego,

---

MADRID 2 DE MAYO.

---

Treinta y dos años han transcurrido, desde que á la hora misma en que se dan á luz estos renglones, el estampido del cañon estremecia los edificios de la capital de España. Hoy resuena tambien el fuego de la artilleria en todos los ángulos de sus vastos distritos; y la memoria vuelve sin poderlo resistir á la contemplacion de aquellos actos sublimes, de aquella abnegacion jenerosa, que dieron principio á nuestra revolucion, y

abrieron á la Europa el sendero de la independenciam. El estruendo militar anunciaba entonces el principio de una lucha gloriosa; hoy, tras tantos afanes, nos convida á llorar por las víctimas inmoladas en el altar de la patria. La esperanza sonreía entonces, por entre el humo de la pólvora, á la plebe madrileña, á esa plebe belicosa y enérgica, cuyo brazo apenas podian sujetar las bayonetas de cincuenta mil veteranos, domadores del mundo. Las clases privilegiadas, los cortesanos y palaciegos, los intrigantes y pensionados, habian conducido al REY, á fuerza de torpes manejos, hasta los calabozos de *Valencey*, y plantado, con traidora bajeza, el estandarte tricolor sobre el trono de Castilla; pero el populacho, por cuyas venas corria sangre española, arrojó al lodo la bandera intrusa, y acometió al invasor, y cerrándole con sus robustos miembros, á poco estermina de una vez su poder, asi como pisoteó luego sus águilas y su orgullo, en los campos que mandó *CASTAÑOS*. Hoy, tambien otra turba de sicarios parecida á la que entonces destronó al monarca, tendiéndole arteras redes, y recibiendo la contraseña de su alevosía, de labios consagrados á la prez del emperador francés *NAPOLEON*, mina y socaba el trono de la REINA, y se prepara á rasgar la CONSTITUCION, único fundamento en que descansa, pensando servir asi los intereses y deseos del rey francés *LUIS FELIPE*. El pueblo resistió en

tonces la armada tiranía; el pueblo resistirá ahora la tiranía hipócrita.

Y qué ¿no bastan ya treinta larguísimos años de sacrificios, no bastan aun, la sangre y las lágrimas de dos generaciones, para aplacar el despecho de esos malos hijos que á la patria combaten, y contra ella y contra sus reyes y contra sus libertades conspiran? ¿Aun le desean mayor abatimiento, mas humildad y postracion? ¿No se satisface todavia su cinismo y su infamia, viendo colmar de honores á los ladrones públicos, denostar la virtud, ensalzar la alevosía? ¿No están contentos aun despues de haber destruido las costumbres públicas, sin que por befa y escarnio, hasta en el último asilo del pueblo infeliz, hasta en las salas de sus consistorios, quieren clavar para que la veneremos una version ridícula y mezquina de la ley municipal francesa? ¿Quién el año de ocho, cuando resonaban los ecos ardientes de DAOIZ y de VELARDE en medio del fragor de la batalla; cuando los hombres, las mujeres y los niños se arrojaban inermes, sobre los batallones del conquistador, para detener las bayonetas con el desnudo pecho, y consagrar así la independencia de la patria, quien habria creído entonces, que pasados mas de treinta años de incesante lucha, habíamos de seguir peleando todavía por sacudir el yugo que fué á la sazón imposible ceñir á nuestros cuellos? El cañon nos convida empero, al recojimiento y al llanto. ¡Llorad, españo-

les, sí, llorad lágrimas de sangre y lanzad ayes de vergüenza, al recordar que vuestros hijos, los nietos de los que pelearon el dos de mayo, han nacido, si vosotros no los rescatáis, para vivir como siervos envilecidos de los siervos traidores de una corte extranjera! ¡Llorad, sí, al ver al frente de los negocios, y del procerato español, á los impúdicos defraudadores del tesoro; á los que entonces huyeron, ó se doblaron á servir de satélites al capitán usurpador; á los que ahora se han aliado con los carlistas, con los enemigos irreconciliables de ISABEL II, para socavar con la astucia su trono, desesperando de vencerle con la espada! ¡Llorad, madrileños, si sois acaso descendientes de los que pelearon con DAOIZ Y VELARDE! ¡Llorad, ó aprestaos, imitando su alto ejemplo, morir si es preciso, para rescatar á nuestras REINAS y á nuestras leyes del poder de sus adversarios! Y si está escrito que hemos de perecer en la demanda; si acaso está el pueblo español consagrado á eterno oprobio, á desventura eterna, quede, á lo menos, memoria de nuestra resistencia, y leguemos á nuestros descendientes, al par de la esclavitud, el conato, siquiera, de quebrantar los grillos.

Larga es, y penosa, lo confesamos la tarea que á la presente y á la proxima generacion toca llevar á cabo; pero cuando no queda más alternativa que emprenderla ó perecer; cuando se han cerrado todos los caminos, menos el de la servidumbre, ¡Llorad, españo-

grandes esfuerzos, es inútil vacilar, ni asombrarse á vista de los obstáculos. La constancia y la resolucion pueden mucho; y el programa de los verdaderos y fieles españoles, es fácil al par que sencillo.

Pureza y economía en el manejo de los caudales públicos.

Justicia en los tribunales, y claridad en los códigos.

Dignidad en la diplomacia.

Emancipacion de la industria.

Restablecimiento del crédito, por medio del orden, de la buena fé, y de la economía.

Sencillez y eficacia en la administracion gubernativa.

Extincion del favoritismo.

Distincion del mérito.

Libertad é imparcialidad en las elecciones.

Respeto al espíritu y á la letra de la constitucion.

Auxilios ámplios y prontos al ejercicio.

Premio á los inutilizados en campaña.

Arreglo de la deuda pública.

Socorro de las viudas y de los huérfanos á quienes el estado *debe* pan.

Abolicion de pensiones y de inútiles empleos, oficinas y tribunales.

Dotacion del culto.

Simplificacion de los impuestos hasta hacer imposible el fraude.

Tal es, en cuanto á la parte material del gobierno, las mas urgentes necesidades, faciles de remediar á una voluntad firme é ilustrada. Pero

¿como han de acudir á ellas, los que de abusos, y solo de abusos viven?

¿Como no han de prolongar la inabarcable serie de los enemigos públicos, aquellos que lo son por interes, por conviccion, por educacion y por sistema? ¿Pudierse esperar nunca, que viniera de ellos la economía, de ellos, que sangrando el tesoro se enriquecen?

Verdad es, que si un conflicto llegara, si una voz enérgica pidiese justicia contra los defraudadores, ocultaríanse de la vista del pueblo, en el seno de sus tesoros; pero calmada la conmocion, restablecido el sosiego, de nuevo aparecerían entre nosotros, como otras tantas maldiciones del cielo, marchitando todo pensamiento noble, lanzando ceno sobre todo instinto jeneroso, y consagrando la rapiña, el favoritismo y el pandillaje, como únicos medios de gobierno.

Y mientras la parte material de nuestra política, se halle de tal manera obstruida, por los que interceptan la comunicacion entre el trono y el pueblo; mientras no se purifique la atmósfera emponzoñada que nos rodea ¿Quién ha de esperar salud para el estado? ¿Quién no deplorará la suerte infeliz de España, quién no llorará por la sangre vertida el dos de mayo? Acudid, madrileños, ante los altares. Oid la voz del dolor; y llorad por vuestros padres.... pero ¡RESCATAD Á VUESTROS HIJOS!

LA REJENCIA DE S. M. LA REINA GOBERNADORA

Por mucho que los españoles hayan oído decir de la benignidad de la escelsa CRISTINA, por muchos favores que hayan recibido de su mano; por muy alta idea que tengan de su amabilidad, de su dignidad y elevacion de carácter, todavia habíánla de formar mas ventajosa, si á todos pudiese caer la dicha de ver de cerca á la augusta madre de ISABEL II, y de admirar los esquisitos dotes con que la favoreció el destino, ensalzándola de modo, que al revés de los otros príncipes, si en cuna particular naciera, no habria podido menos de elevarse á impulso de su mérito extraordinario y verdaderamente fascinador. CRISTINA ha sido desde hace algunos años, la palabra de esperanza para los españoles, la voz que simbolizaba todas sus venturas.

¿Por qué fatalidad, por qué desgracia, han de interceptar los adversarios del pueblo español, ese manantial purísimo de justicia, que en recompensa de tantos reveses, concedió el cielo á nuestra patria? ¿Por qué hanse de haber apoderado de las avenidas del trono, sus mas encarnizados enemigos, los que pugnan por arrebatarle su natural sustentáculo, demoliendo la constitucion? ¿Por qué han de llegar solo á los oídos benéficos y augustos de la REINA, las voces de la detraction, con que al patriotismo, á la lealtad verdadera se calumnia?

Si alguna verdad queda aun en el océano de supercherias adonde nuestra politica zozobra, si algo hay aun inconcuso y axiomático, es que los impulsos inuados de nuestra REINA GOBERNADORA, su decidida y constante inclinacion, es, sin variar nunca en un ápice, el bien de los españoles; pero no es menos cierto, que una camarilla

gorros pida y rastrera; una fortísima coalicion de estadistas, no menos corrompidos, ya por su tendencia hácia los principios de la corte ridícula de *Onate*, ya por su ódio á toda innovacion, ya por su estrechez de ideas, ya por su honda avaricia, está siempre pronta, apoyada por el influjo de ciertos gabinetes, á torcer la voluntad réjia, á triturar con el veneno de su hálito, las mas bellas inspiraciones de la hermosa guardadora de nuestros fueros.

Si pues hombres ominosos no impusiesen á la REINA esa especie de cautiverio moral que con astuta suspicacia mantienen, disimulándole apenas, y agravándole cada dia; ¿Cuantos bienes, cuanta ventura, no debieran ya los españoles á la munificencia de la inmortal CRISTINA, que por ellos se desvela, y solo á su bienestar se consagra!

Pero los que no han manejado el tesoro, y los que con él no se han enriquecido; los que no tienen suntuosos equipajes contruidos en París, con que presentarse en palacio; los que en el seno de la virtud, como honrados españoles, los deberes de la vida civil y doméstica, incapaces de adulacion, y lejanos del foco impuro de las intrigas; los que adornados de altas cualidades, ilustran su mente en el retiro del estudio, disciplinan su corazon con la práctica de la probidad, despues de haberle purificado en el fuego de las persecuciones; los que blasonan de modestos y huyen de las tinieblas de torpes cábalas y de interesadas y oscuras maquinaciones; cómo han de abrirse paso, hasta la augusta confianza, impenetrablemente defendida, por aquellos que miran el poder público cual mina destinada á enriquecerlos, en vez de considerarle como el resorte de la dicha comun? Ni por sueño piensan ellos, al empuñar las riendas del estado, ya personalmente, ya deposi-

tándolas en las manos ineptas de sus griaturas, que van á comenzar una carrera ilustre de grandes hechos que los inmortalicen; no, sino por el contrario, que han tocado ya al término de su carrera; que les cumple gozar descansadamente; que les durará poco la viña, y que es menester esquilmarla, aunque se arruine, de modo que el fruto alcance para sí propios, y para sus parientes, y pania- gnados hasta la quinta generación.

¿Qué otra causa de infortunios y de miserias se necesita para mal de la España? ¿No basta este solo elemento de desórden, para enjendrar cuantas calamidades públicas nos han sobrevenido en los últimos años? ¿Y no bastaría, al mismo tiempo, un cambio de sistema, un gobierno patriótico, é ilustrado, para corregir muchos de esos males? ¿Pero qué confianza nos queda de poder alcanzar nunca semejante gobierno, mientras la voluntad espontánea del trono no llegue al pueblo, antes de que la perviertan los enemigos encarnizados de todo bien, órden y arreglo? Hoy mismo ¿No es á todas luces evidente la conveniencia de cambiar el gobierno; de disolver las cortes, para evitar una catástrofe espantosa, que todos ven venir, tanto mas temible, cuanto un paso mas silencioso se acerca? Pues ¿cómo la augusta REINA GOBERNADORA, tan ilustrada, tan previsora, tan buena, tan benéfica y sabia, no habia de conjurar la tormenta, no habia de prevenir la inundacion de ese torrente de males que nos amaga, si los ciegos agentes que le provocan, ciegos, si, é infatuados, no ocultasen á los rejos ojos, con el espeso velo de la lisonja, el verdadero caracter de la situacion actual?

Pero lo mas triste de esta tristísima combinacion de infaustas circunstancias, es la impudencia, la mala fe,

la arteria, con que los designios de los buenos patriotas se calumnian por los que jamas hicieron nada por su patria. Insinúan; miserables! que los que con ellos no opinan, y á su inmoralidad no se someten, son enemigos declarados de la rejenia de nuestra escelsa GOBERNADORA; como si tan grosero artificio, á fuerza de repetirse, pudiera labrar en los ánimos, y ensanchar la distancia, que ellos se empeñan en interponer al trono y al pueblo. Pero ¿Quién no vé, que si alguien en España tiene un interes intimo, sincero y directo, en favor de la rejenia de CRISTINA, son los verdaderos liberales, los que solamente con el actual órden de cosas pueden existir? Pues qué ¿Cambiaríamos nosotros, los que hemos comprendido nuestras cabezas en la causa de ISABEL II, y de la libertad constitucional, la rejenia de su angusta madre, do la mujer esclarecida á quien tanto importa conservar esa misma causa, por la rejenia de dos ó tres ó mil duques y palacios de botarga, de esos que tienen insulas de rejentes, y que son los que, zapando el edificio constitucional, hiriendo en lo mas sagrado de sus afecciones á la milicia ciudadana, desairando al ejército, por creer que ya no le necesitan, y provocando á todo empuje una horrible sedicion, miran, quizá con vista ávida, el sello de la rejenia, y atribuyen á otros el objeto de su solapada codicia? Pues qué ¿dirán ellos con la mano en el pecho que nunca pensaron en la rejenia?

No. Los amigos leales de ISABEL II y de la REJENTE; los que por ellas perecerían, saben, prescindiendo de todo instinto jeneroso, de todo sentimiento de esos que solo abrigan los pechos entusiastas y no los calculadores, que no deben de ningun modo despedazar su propio sistema; que la

rejeancia de CRISTINA forma parte indivisible de ese todo; y, por último, que si no la formara, por gratitud y afecto la defenderian ellos, como españoles honrados, y amantes de sus principes y de su dinastía. Así pueden hablar, sin parecer jactanciosos, los que han probado, no los que han dicho, que son verídicas y sinceras sus doctrinas constitucionales.

---

## LA REVOLUCION.

(ARTÍCULO 9º)

Hemos bosquejado con alguna detención en los precedentes artículos, el mecanismo, el origen é indole de las rentas, que bajo los nombres de *Declaros de puertos* y de *Aduanas*, disfruta, ó, por mejor decir, sufre la nacion, describiendo la serie de operaciones, por medio de las cuales, se hostiliza á la industria, en sus grandes movimientos de estado á estado, y se la persigue con encarnizamiento, aniquilandola despues, en sus postreras permutas, de mercado en mercado y de aldea en aldea. Sin órden, sin concierto, sin que sus exigencias se hallen subordinadas á ningún principio, fin ó regla de justicia, cuidase el erario solo de averiguar adonde la industria nace, para buscarla allí, y devorarla en la cuna, cual el *Ogre* de las consejas, codiciaba, impellido por el mismo afan, el descubrimiento de las niñas inocentes y bonitas.

Pero no basta al espíritu invasor del fisco entorpecer ciertas industrias, acosar ciertos productos, desde el instante en que se jeneran hasta la hora en que se consumen, sino que ha es-

para lanzar sobre ellas el anatema absoluto de la prohibicion, haciéndose el erario mismo industrial y comerciante, y prohibiendo que nadie siembre ni cultive tales plantas, ó recoja tales ó cuales objetos, aun cuando por su espontánea voluntad le brinde con ellos la naturaleza, y los tenga el hombre delante de los ojos en la hora en que mas los necesite; y á las rentas que á fuerza de inmorales, insufribles, é inicuas tropelias, saca el gobierno de este tráfico y monopolio, llámanle los hacendistas *Rentas Estancadas*; esto es, rentas que provienen del comercio de varios jéneros en que solo al fisco le es licito entender.

sin pasar mas adelante, sin profundizar mas en nuestras investigaciones, y considerando las rentas estancadas bajo el aspecto sencillo y comprensible con que su definicion las presenta, echarase de ver, desde luego, que siendo el fisco por su naturaleza, malísimo mercader, y pésimo administrador, indispensablemente perderá cualquier industria, que se arranque de la mano de los particulares para depositarla en las del gobierno. Cuando un rey absoluto explotaba á su placer, como feudo y patrimonio de la corona, á toda la nacion, concíbese que él solo aspirase á ser el traficante de aquellos artículos que rendian grandes y seguras ganancias; pero desde que no es el señor, sino varios empleados mercenarios, de no muy acrisolada fé, ni de grande inteligencia mercantil, criaturas enjendradas por el favoritismo, los que manejan estos negocios, y con ajeno capital, de modo que si se pierden, pierde la nacion, y si se gana, ganan ellos, claro es que al *estancamiento* de algunas producciones, aun dejando aparte toda consideracion de alta economia, ha de ser tan nocivo al tesoro, como lo es á la salud pública el *estancamiento* de las aguas, que

solo arrojan de sí corruptores y pestilentes efluvios.

Mucho se ha hablado en nuestros tiempos del *índice espuratorio* de los inquisidores, exajerando la prolija é infatigable precision con que en él apuntaban, sin que se les olvidara una, todos los libros que á su interes ó á sus ereencias no convenian; pero quien desee contemplar el verdadero espíritu inquisidor en su mas perfecto desarrollo, cierre el índice, vuelva la vista á la hacienda, y examine, por ejemplo, las clases de industria comprendidas en los decretos relativos al subsidio del comercio; y entonces conocerá que no es fábula lo de los ojos del liuce, ni del basiliseo y que con efecto, tales ojos, y con tal vision, se hallan enclavados en la frente del fisco; de modo que todo lo que existe vé, y todo lo que ve, marchita y consume.

Pero adonde mas puede acreditarse el tino fiscal de inerrable, de agudo y de certero, es en la eleccion de las materias que le sirven para el estanco. Pregúntese al poeta de mas viva fantasía, al matemático de razon mas profunda ¿cual produccion entre las de la naturaleza y entre las del arte, enenta con mayor número de consumidores? y vacilarán el vate y el jeómetra, y tal vez recorran inútilmente el catálogo inmenso de las denominaciones conocidas, ántes de hallar la que buscan. Pero no es tan lenta ni tan estraviada la sindéresis del fisco. A la menor indicacion se fijó ella, para celebrar su estanco, en el objeto que el privilejio rechazaba; y encontró que la sal, es, sin duda, la produccion que cuenta con mayor número de consumidores; pues desde el hombre, el anciano, ú el niño, que con un mendrugo de pan negro, ó con una patata cocida se alimentan, hasta el magnate que dá suntuosos festines,

todos, hombres y ganados, consumen sal en abundancia, y consúmenla cada dia. Si, pues, se considera la sal, dijo el fiseo, como jeneral é indispensable artículo de consumo, prohibase desde luego su venta, y solo á mis agentes se reserve el monopolio; y desde entonces figura este artículo, como el *primero* entre los que componen las rentas estaneadas. Indiquemos, rápidamente, las condiciones de su estanco.

Lo primero que el fiseo advirtió, despues de estancada la sal, fué que nadie la vendía publicamente; pero que tampoco, á la hacienda se la compraba nadie en sus alfólies y depósitos. Y quién habia de ir á comprar, si bien se examina, lo que espontáneamente y en copia inacabable, irrinden á porfia el oceano y el mediterráneo á todas las costas de España, estrada uno de sus cabos, playas, ensenadas y puertos?

Así fué, que viendo el fisco fallidas sus esperanzas, discurrió el sencillo medio de venderle sal á la fuerza á los honrados españoles, calculándole á cada cual la que negetaría, y haciéndosela recibir y satisfacer, ya por peso, ya por medida, y esto entre los mil y un fraudes que en semejante operacion es imposible evitar.

De aquí resulta, que el que no necesita la cantidad de sal que se le despacha, ó carece de proporciones para conservar el acopio, desperdicie su propio dinero, el fruto de su labor; pues es artículo que como todos poseen no se puede revender: y, por el contrario que quien para aplicaciones industriales y otros usos necesita de sal, ha de pasarse en muchos casos sin ella, por ser artículo de que no suele haber acopios adonde acudir para la compra. Nosotros hemos asistido á la mesa de un capitán jeneral, en una capital de provincia que solo dista

del océano diez ó doce leguas. Era en una de esas épocas de carestía de sal que con tanta frecuencia reproduce la imprevisora administracion del fisco; y allí vimos, en vez de sal, alguna poca de arena salitrosa, que era si como artículo de lujo figuraba, y era en efecto una voluptuosidad inusitada, porque los mas de los vecinos ni aun eso poseian. Traficaban aquellos habitantes en salazones de carnes, y aquel año, —(era el de 56)—quedaron muchos arruinados por falta de sal.

Y cual si estos inconvenientes no bastarían, apenas pasa un año sin que se modifique el precio de la sal, ó se varíe su peso ó su medida, pero manteniendo siempre para una y otra variante, cantidades con pico, que dificulten la administracion. Suele pues venderse la sal á cuarenta y dos reales; de los cuales treinta y ocho para la hacienda, dos para milicias provinciales, y otros dos para caminos; como si la hacienda y la milicia fuesen de distinta nacion; de manera que sobre las complicaciones con que esta renta se recauda, hubiera de ser preciso establecer las complicaciones de tres contabilidades distintas para distribuir las. ¿Quién averiguará nunca los arcanos que en tanta trapisonda se encierran? ¿Ni qué bolsillos, sino los de los contribuyentes, sostendrán el boato de los muchos manipulantes que á merced de estos ocultos misterjos viven? Este precio de 42 se elevó en cierta época á cincuenta y dos por un real decreto que estimaba en diez reales por *fanega rasa* los gastos de conduccion; y como en la medida de dicha *fanega rasa* habiese tanto y tan escandaloso escamoteo, mandóse convertir la fanega en un peso, no de arroba, ni de quintal, sino de ciento y dos libras. Su correspondiente pico para ayudar á la claridad, y para que

se necesite un aljibrista en cada pueblo. Así ha fluctuado sin cesar esta renta al través de infinitas vicisitudes, recorriendo el precio de la fanega de sal la dilatada escala que comienza en once reales, precio infimo á que la ha despachado la hacienda, hasta el exorbitante de 521 reales á que la ha llegado á vender, segun consta de oficiales datos.

Ni menos veloz se ha mostrado la administracion con respecto al tipo de reparto. Unas veces ha hecho recibir cincuenta libras, otras veces mas y otras menos á cada vecino, no olvidando estender los cambios hasta la que se distribuye para los ganados.

De toda esta maquinaria vejatoria, ininteligible, voluminosa y complicada, dícese que reporta el erario cincuenta millones anuales, de los cuales hay que deducir los gastos de recaudacion.

¿Y qué derecho, preguntamos nosotros, tiene el erario, para exigir tan grave impuesto de los súbditos? ¿Será porque estos comen sal, por lo que se le pida á cada español una peseta, asi como el papa, le pide tres reales por permitirles comer lacticinios si los tienen y si no, no? Ridicula parecería semejante pretension; pues no hay motivo para la abstinencia de la sal en los gobernados, ni las llaves del depósito salino estan en manos de los gobernantes, como las del cielo en poder del sumo pontífice. La razon eficiente y única que puede invocar el gobierno para la exaccion de este y de los otros impuestos, es que su producto se necesita para invertirlo en los gastos indispensables del Estado. Y si es este el motivo y el derecho del estancamiento de la sal; si necesita el gobierno los cincuenta millones, y es su necesidad legitima, á juicio de las cortes ¿tiene mas que pedirlos sencillamente, aumentando en esa suma la

contribucion directa, en vez de sacarlos con tantos y con tan dispendiosos rodeos, haciéndose fabricante y mercader de sal, á guisa de viajero africano?

Si es verdad que los gastos del Estado, más los de la recaudacion, mas los de la administracion, todos, todos, sin exceptuar uno, han de salir del trabajo de los contribuyentes ¿no ganarian estos por el propuesto medio, cuanto en la recaudacion se economizase? Y aboliendo el estanco de la sal, ¿no se ahorrarian, desde luego las inmensas sumas que este costoso monopolio del gobierno devora cada año?

Esta, sin embargo, sería la menor ventaja del desestanco absoluto de la sal, comparada con las que traería á todas las provincias de España la creacion de un comercio pingüe, y con particularidad á las de Extremadura, y á toda la costa de Cantabria, y localidades del norte y litoral del Mediterraneo, que el tráfico de las salarones sostienen.

Así y no de otro modo; rebajando ú aboliendo completamente algunas contribuciones, modificando muchas, y simplificándolas y depurándolas todas, es como otros pueblos han llegado al grado de prosperidad de que gozán hoy, y que nunca alcanzarían haciendo malas leyes concejiles. En Inglaterra, por ejemplo, se disputan los partidos el terreno político palmo á palmo; pero entre tanto, van modificando las contribuciones, y beneficiando así á los contribuyentes. En los últimos tiempos se han rebajado cinco sextas partes solo en el impuesto de la sal.

Bien sabemos, que la guerra ha hecho subir desmesuradamente el presupuesto de España y que aun está lejos el instante de rebajar los gastos. Pero adviértase que nosotros no pedimos la

rebaja de los legítimos dispendios; sino que solicitamos únicamente, que no se invierta en ellos mas de lo preciso, por la misma razon, si otra no hubiese, de que son ya muy subidos los puramente indispensables. Mil millones necesitan el ejército. En buena hora. Pero ¿por qué, encima de esos mil millones, hemos de gastar otros mil en sostener opiparas mesas, para ociosos truchimanes y pendolistas que nada útil hacen por el Estado?

---

#### EL JURADO Y EL LABRIEGO.

Desde luego que de acusación del *Labriego* se nos habló, previmos que sería absuelto, si justicia había en la tierra; porque prescindiendo de la mayor ó menor sabiduría política que en nuestros escritos resplandeciese, cosa ajena de la decision de los tribunales, ni mayor moderacion y decoro, ni mayor respeto y templanza hacía nuestros adversarios, ni mayor imparcialidad hacía nuestros amigos, es fácil usar, en la vehemente polémica del día. Por otra parte si infracciones de la constitucion denunciábamos, no somos nosotros, son los infractores los que la culpa tienen del escándalo, el cual evitarían respetando las leyes.

El jurado ha visto la cuestion como nosotros; y con la ilustrada independencia que tanto le honra, ha declarado *no haber lugar á la formacion de causa*. Séanos lícito expresar nuestra gratitud, añadiendo que nos lisonjea infinitamente su fallo, y repitiendo lo que en un número anterior dijimos,

*Quod scripsi scripsi.*

---

## CORRESPONDENCIA DEL LABRIEGO.

## LA OPINION PUBLICA.

Separándonos en esta parte de nuestra costumbre, insertamos á continuación algunos párrafos de la carta que nos dirige un oficial recién llegado al ejército. Por ellos podrán juzgar nuestros lectores del excelente espíritu que anima á los bizarros defensores de la libertad, y esperar confiados en que no llegue nunca á realizarse la obra de iniquidad y de tiranía que por medio de su fementida traición intentan llevar á cabo los enemigos de ISABEL II, de la regencia de su augusta madre, y de la constitucion del estado. Un vínculo estrechísimo liga y une estos caros objetos de la veneracion española. Atentando al uno se vulneran los otros. Porque destruido el artículo 70, por ejemplo, de la ley fundamental, destruidos y aniquilados quedarán los otros, sin que haya fuerza humana que los salve.

Dice así nuestro veterano.

TITAGUAS 20 de abril.

Mi mas apreciable amigo y compañero: Este es otro temperamento mas adecuado á mi salud; aqui hay con quien hablar con franqueza, sin el temor á los esbirros de la policia ministerial; se respira libertad con entusiasmo, constitucion y exterminio á los facciosos, y odio implacable á los que no profesan ideas de nacionalidad, y sumo interes y amor por nuestra patria. Vengan aqui ese puñado de hombres ambiciosos y de mala fe; verán lo que son virtudes, y desintereses en servir á su nacion, deseando el momento de asaltar la brecha, despues de haber estado dias enteros á la dura intemperie sufriendo sus rigores. Pensaba N. separándome arbitraria-

mente de mi anterior destino, que me hacia grandes perjuicios con enviarme al teatro de la guerra, á mandar valientes; y tanto él, como Q. y R. me han honrado con su persecucion; pero algo los disculpo porque no me podian ver con faz serena, y sin ruborizarse por haberles visto yo llorar al frente del enemigo, y huir como cobardes sin que su honor los detuviera. Veian en mí un militar honrado mal avenido con sus intrigas y era preciso atacarme. No repararon en mis servicios, en mi probidad, en mis heridas abiertas, en cincuenta acciones, y me acusaron del alto crimen de progresista, como si yo hubiera sido otra cosa toda mi vida. Pertenezco con orgullo á este partido. Soy liberal pero no con el titulo de cobarde, ni he pertenecido á diversas opiniones; ni he adquirido mis empleos por intrigas, ni con baja como el despreciable N.

Quisiera tener un lenguaje sublime y enérgico para hablar á la nacion de un funcionario que tan poco honor ha hecho á España su nombramiento. A otra cosa.

Lo mismo ha sido saber Aspiroz la toma de Aliaga, que llegar á esta las piezas destinadas contra Alpuente y el Collado. Nosotros formamos un triángulo con los fuertes á legua y media de los dos. El Collado por su localidad es inatacable y yo no se intentará mas que bloquearle porque carece de agua. Alpuente está situado entre tres cerros, dos le dominan á tiro de pistola, y pueden colocarse las piezas muy proximas; pero hasta tanto que se situen las baterias harán algun daño sus piezas que son cuatro. Las nuestras se componen de dos de á 24, dos de á 16, dos morteros de á 12, y dos de á 14. Parece que la guarnicion está muy animada. Son dos compañías que no se han dejado relevar de puro patriotismo; pero sus ba-

ladronadas durarán interin se establecen nuestras baterías que apagarán sus fuegos; nos pondremos bajo de las murallas y entonces arriarán su bandera negra y pedirán misericordia á toda prisa, porque temen mucho los hornillos y no quieren volar.

## VARIIDADES.

### TEATROS.

#### GABRIELA DE BELLE ISLE y la moral pública.

Concurridísimo estuvo el teatro del Príncipe la noche del lunes 27 de abril, cumpleaños de S. M. la REINA GOBERNADORA, á quien tanto amor y tanta gratitud deben los buenos españoles. No habia vacante una sola localidad en todo aquel vasto edificio, iluminado á la sazón con sencillez y elegancia. Contribuyó, quizá, al aumento de la concurrencia, el darse la primer representacion del drama GABRIELA DE BELLE ISLE, del célebre DUMAS.

Pocos de nuestros suscritores, y ninguno de los que hayan leído á SCHILLER; ó de los que pagan contribucion, habran dejado de formarse una idea mas ó menos grotesca del ente moral *cortesano*, epitome de falsía, ya ridícula, ya ponzoñosa, autó-mata destituido de voluntad, cuyos resortes mueve una sonrisa del poderoso, sin que en ellos tengan accion alguna la virtud, ni el vicio, la ajena ventura ni la ajena desdicha; despreciable maniquí, contra el cual han fulminado los poetas su reprobacion, y los moralistas sus rayos; y cuyo nombre tiene en femenino, significado de

otro jénero asaz impuro y pecaminoso.

Este perfil del cortesano, representa, empero, antes que su elijie su caricatura; el claro oseuro del rigoroso examen, le presta solidez, é idealidad el colorido; y es el bello ideal de los cortesanos, el que ha pintado DUMAS en *Gabriela de Belle Isle*, con suma propiedad, con tersura y con viveza. Los amores de RICHELIEU y de la MARQUESA DE PRIE orijinan la fábula cuyos acontecimientos deciden de los del caballero de la *Ferté* con *Gabriela*; amores de cortesano aqueños, amores estos de purísimo amor; llenas de cultura y facil y desenfadado buen tono las escenas de los unos; apasionadas, vehementes, anjelicales y sentidas las de los otros; escépticos, maliciosos, calculadores, los amantes experimentados, hasta en los instantes de mayor efusion; confiados y cariñosos los amantes inespertos, hasta en los raptos mas profundos del dolor que en ellos imprimian las pruebas de un crimen que á entrambos colma de amargura, envenenando para siempre sus corazones; y en medio de todo, tan intrincado artificio dramático, tan íntima trabazon de las partes del drama entre sí, tan verosimil y grato desenlace, y por último, tan elevado y valiente estilo, que desde las primeras escenas se suspende el ánimo del auditorio, para no recobrase del delicioso raptó, hasta la conclusion del poema.

Aun vibraban en nuestros corazones los apasionados ecos de *Gabriela*, de *Richelieu*, de la *Ferté*, cuando bruscamente nos arrancó de nuestro arrobó el rumor que por la luneta se esténdia, de haber sido tachado el drama de *inmoral* (¡nada menos que de *inmoral!*) sin duda por algun anacoreta que de la *Tebaida* venia.

Nosotros que antes que nada pedimos moralidad en el teatro, cual condicior

indispensable de toda belleza artística, y que ni por nosotros mismos, ni por indicacion de ninguno de los circunstantes que nos rodeaban, habíamos echado de ver el mas mínimo desliz moral en la *Gabriela*, representada toda entre aplausos, preguntámos, con harta sorpresa y sin que nadie nos supiese dar contestacion, adonde estaba el lunar y quien le habia descubierto. Al fin se señaló una parte del drama como ofensiva atribuyéndose la censura á la presidencia. Entonces advertimos, y hasta entonces no, que hay en efecto una reticencia entre dos actos, es decir, que se supone ocurrido un *quid pro quo*, y por cierto no de buen jénero, de que hablaron ya en sus tiempos los fabulistas clásicos, comenzando por los de Grecia; que reprodujo Boccaccio en los *Decamerones*; que Ariosto hermosó variándole cien veces; que repiten las nodrizas de hoy en las historias de dormitorio; y de que hizo nuestro gran LOPE DE VEGA uso copiosísimo, tal vez abuso, y que se halla impreso á la hora de esta, en colecciones varias, tenidas por muy morales, y que la santa inquisicion dejó correr en su día, sin el mas leve conato de apuntarlas en el índice; de lo cual se infiere, que vamos ganando mucho en moralidad ya que una mera *suposicion* ó sospecha de un incidente que apenas se insinúa, nos escandaliza hoy, cuando ayer, la certidumbre y circunstanciadas esplicaciones del mismo caso, no alarmaron nuestro quisquilloso pudor. Sea mil veces en hora buena, y demos gracias al cielo de que en algo se conozca todavia que acaba de pasar la cuaresma, y de que en algo se conozca ya el fruto de la evangélica predicacion que al *Correo Nacional*, y á los otros papeles religiosos y ministeriales debemos.

Y no se piense que deseamos fusti-

gar á nuestros moralistas con la máxima volteriana de que cuando la delicadeza huye del corazon se posa en los labios; ni con otros sarcasmos parecidos de la escuela *revolucionaria* y *disolvente*, á que en dictámen de nuestros adversarios, tenemos la honra de pertenecer. Nosotros que conocemos á los moralistas, sabemos el acatamiento que sus doctrinas merecen; pero es á esas mismas doctrinas, y no á ellos, á las que dirigimos nuestra templada y circunspecta oposicion, respetando, empero, lo poquisimo que hay de respetable, entre todo lo que propalan.

Porque base de advertir, que no existe un hecho, no existe una circunstancia en la vida, que dramáticamente hablando, sea de por sí moral ni inmoral; sino que han de serlo con relacion al puesto que ocupan y á la impresion que dejan. —No hay Dios! —He ahí una frase á todas luces inmoral, suersiva, y criminal, tambien, segun las leyes. Pero ¿quién imaginaria que hubiese delito en decir, «es un impío el que afirme que *no hay Dios?*» No son pues las tres indicadas palabras, sino el lugar que ocupan y la impresion que dejan, las que de inmoralidad deben y pueden motejarse. Y como el efecto del drama en la *Gabriela*, despues de un contraste esencialmente artístico, entre el bien y el mal, entre el vicio y la virtud, entre los amores cenagosos, aunque cubiertos de recamas de oro de los cortesanos, y los amores castísimos y llenos de candor y de pureza, de los dos jóvenes, es el de herir á la mujer culpable, envilecerla, arrojar fango sobre su liviandad, y hasta escarnecerla, y hundirla en el oprobio de la befa y del ridículo, al paso que se santifica, se ensalza y premia, la generosa pasion de los que el camino del honor siguieron, y tanto la espia-

ción como la corona, estar distribuidas por la mano plástica de DUMAS, en el instante de su inspiración más irreprehensible, es la sensación final, en nuestro juicio, á todas luces ortodoxa, y cada vez entendemos menos, adonde pudieran hacer presa, los que á las inmundicias cazan, entresacan y persiguen.

Ya habrán advertido nuestros lectores, que hablamos de la moral, en el sentido más estrecho de esta palabra, y prescindiendo de elevadas miras antropológicas, y olvidando que es en el día la moral una ciencia sujeta á determinados principios. Hemoslo hecho así de propósito, abreviando todo género de erudición, y manifestándonos meros discursistas, por desear que el mayor número posible de jentes nos entienda; que emplear la tecnología de una ciencia casi totalmente desconocida entre nosotros, equivaldría á hablar á los españoles en griego, y daría lugar á que se sospechase que bajo la pompa de las frases ocultábamos la flaqueza de la razón.

Y dueñenos tanto más que haya sido precisamente á la *Gabriela de Belle Isle*, á la que se le hayan ido á escudriñar los achaques morales, cuanto que no nos acordamos de haber visto nunca, ni en los teatros de Madrid, ni en los extranjeros (que aunque rústicos también hemos asistido nosotros; á muchos coliseos y conocido muy buenos actores en Italia, en Francia, en Alemania y en Inglaterra) composición dramática ninguna mejor ejecutada en su conjunto y en sus partes, que lo estuvo, la noche á que nos referimos, *Gabriela de Belle Isle*. Nosotros apreciamos demasiado nuestra reputación de francos y de veraces, para comprometerla en una hipóbole pueril; y por consiguiente ni es por exageración, ni por parcialidad por lo que así hablamos; sino dominados

por el instinto de la justicia, y con plena confianza de que sancionarán nuestro fallo, por lo menos en esta parte, cuantos inteligentes deseen comprobar su validez.

La MATILDE, personificación viva y apasionada, aquella noche, de los sentimientos más puros, más intensos, y vehementes que pueden traspasar el alma de una humana criatura; ROMEA, el mayor, al contrario, demandando, bajo el carácter de RICHELIEU, todos los sentimientos por mano de la culta y elegante depravación de sus días, sin que el pirronismo cortesano lograse ahogar totalmente en su pecho la nobleza innata de un corazón elevado; ROMEA (D. FLORENCIO) abstracción sublime de amor, de abnegación de fe, y de dolor ¿qué dejaron que apeteccer en sus respectivos papeles, que bellezas no descubrieron, que obstáculos no superaron?

Pero es desgracia de nuestros coliseos, que cuando los principales actores más se distinguen, menos los secundan los otros papeles; disparidad chocante, de que en la *Gabriela* ni aun vestijios quedaron. La señora BRAVO, el señor CASTAÑÓN, todos los actores, en fin, comprendieron y realizaron sus papeles, cual hubiera el mismo poeta apeteccido. Y para que nada faltase á la ilusión, ni quedara queja alguna al auditorio, los trajes, las decoraciones, la entonación, todo, correspondía de tal manera á la fábula, que hubiera sido difícil mejorar de ningún modo el conjunto.

Y es lo más chocante, en cuanto á la moralidad, ya que de ella hablamos, que tras la *Gabriela* se representara el *Soldado fanfarrón*, embutido desde el primero hasta el último verso de alusiones rudamente libertinas, sin que á persona humana le ocurriera acordarse de la moral para reprimir la risa. De modo, que se cri-

tió en una parte, lo libre decorosamente encubierto; y se toleró en otra, lo desenfrenado, y lo envuelto en torpes groserías. ¿Será que lo áspero de las palabras santifique, en vez de agravar, la liviandad de los hechos?

## BOLBLEN.

—Con fecha 26 de abril desde el cuartel jeneral de Solsona participa el Excmo. Sr. D. Antonio Van-Halen haber emprendido su marcha para este punto al amanecer de aquel dia para conducir el convoy que habia recibido la noche antes en las Casas de San Pedro de Padullés, y que descoso de conseguir su intento sin pérdida, tuvo que variar de direccion encaminándose hacia Torre Nagó y tomando posicion en las cumbres del Milagro, donde ofreció varias veces la batalla al enemigo, pero se guardó de aceptarla á pesar de sus bravatas y de su nuevo jeneral Burjó que ha reemplazado á Segarra que ha pasado herido á Berga. El ejército ha hecho esta marcha en medio de una recia tempestad que de repente puso el terreno pantanoso, pero todo lo ha sufrido con gusto y con el ectusiasmo que siempre le acompaña y que avivaron en esta jornada los himnos patrióticos que tocaban las bandas de música interrumpidos por frecuentes vivas á la Reina y la CONSTITUCION.

—Del *Eco de Aragon* del 28 de abril extractamos los siguientes párrafos.

«El dia que nuestro periódico dió por suplemento el manifiesto del señor Linaje fué el dia de mas exaltacion que se ha visto en esta ciudad hace mucho tiempo. No se ha publicado papel desde 1834 que tanto se haya aplaudido en Zaragoza, que tan po-

pular se haya hecho, que mayor ni igual simpatia haya encontrado en este pueblo. Sabe el pueblo zaragozano que los grandes enemigos de la libertad y del órden, del trono, del pueblo y de toda justicia son los jovellanistas, los que ahora dominan en el poder y en las deliberaciones legislativas, y ha visto que estos mismos hombres se habian declarado contra el ejército, contra el Duque de la Victoria y contra aquel cuyo nombre hace mucho tiempo que une este pueblo con el de S. E. y asi como fué indecible el coraje que concibió este pueblo contra los ministros y los jovellanistas el dia que se publicó la escandalosa negativa de los premios y la insolencia de ese periódico órgano principal ahora de la pandilla, asi ha sido imponderable el júbilo que le ha causado el papel del señor Linaje, á quien ayer se hizo un singular obsequio por este pueblo liberal y valiente. A las nueve y media de la noche se oyó una música en la calle del Arco de Toledo que siguiendo hasta la de San Gil y torciendo por ésta se dirigió al Coso. Entre muchas bachas de viento se veía lewantada una bandera que tenia las inscripciones siguientes. «El pueblo de Zaragoza y la Milicia Nacional al Duque de la Victoria y al jeneral Linaje por su manifiesto contra los Jovellanistas.»—Constitucion de 37.—Isabel II—Rejencia de su augusta madre.—Independencia nacional.—En la plaza de la Constitucion formaron un gran círculo, encendieron dos haces de leña en medio y tremolando la bandera quemaron dos ó tres números del *Correo Nacional* por calumniador.

---

Editor responsable.—J. R. FERNANDEZ.

---

MADRID:

IMPRENTA DE MELLADO.